



"Lo sucedido en la 'isdrada' habría de interpretarse, en este caso concreto, como lógico efecto de la agonía de un espectáculo bárbaro, impropio de una nación civilizada".

1936-1978

ESCANDALOS TAURINOS EN LA PRIMAVERA ESPAÑOLA

TRANSCURRIDA desde su comienzo en medio de incasantes protestas, la famosa "isdrada" madrileña —"la feria taurina más importante del mundo"— terminó en 1978 como el clásico rosario de la aurora. Aparte del abuso de una empresa que elevó los precios de las localidades muy por encima de los límites aconsejados por los pactos de la Moncloa, son varios los factores que contribuyen a este formidable escándalo taurómico. De un lado, los ganaderos que —dando gato por liebre— pretenden lidiar reses carentes de las condiciones mínimas imprescindibles, tropiezan con la intransigencia de un público que de muchos años de tolerar en silencio engaños y fraude defiende sus legítimos derechos a voz en grito y a veces se excede en su defensa. De otro, la autoridad que, en contraste con lo sucedido en temporadas precedentes, se muestra severa en la rigurosa aplicación de los preceptos reglamentarios, tiene que rechazar encierros enteros y chocar con los picadores cuando pretende que en el ejercicio de su profesión se ajusten a las normas legales. Consecuencia directa y obligada de todo ello ha sido la suspensión o aplazamiento de diversos festejos; la detención —siquiera fuese por breves horas— de un puñado de diestros y una serie de alborotos que implican serias amenazas para el orden público (que si, por fortuna, no llegó a ser gravemente alterado en esta ocasión, bien pudiera serlo por las mismas causas en otras plazas en el curso de la presente temporada).

Nada de esto revestirá la menor importancia si como pretenden sus enemigos, la fiesta brava estuviera camino de una rápida desaparición, falta de todo arraigo popular en el último tercio del siglo XX. Lo sucedido en la "isdrada" habría de in-

terpretarse, en ese caso concreto, como lógico efecto de la agonía de un espectáculo bárbaro, impropio de una nación civilizada. Ocurre, sin embargo, que contra lo que muchos piensan y dicen, los toros no están en tan aguda decadencia, y de ahí la trascendencia que pueda tener cuanto con ellos se relaciona. La realidad —tan sorprendente que una mayoría de españoles se negarán posiblemente a creerla— es que actualmente se celebran más corridas de toros que nunca; que asisten a las mismas mayor número de espectadores que en cualquier otro momento de los tres largos siglos de la tauromaquia moderna; que movilizan anualmente muchos miles de millones de pesetas y que —nos agrade o nos disguste— siguen ejerciendo considerable influencia —fasta o nefasta, que esta es otra cuestión que no voy a discutir aquí— en el ánimo del pueblo que crea el espectáculo a imagen y semejanza suya, con sus propias virtudes y sus propios defectos.

Es posible que alguien juzgue exagerado cuanto afirmo en las líneas precedentes. Para convencerle de que no es así, bastará señalar que en el pasado año de 1977, cuando no está en activo ninguno de los llamados "fenómenos" y el país atraviesa una grave crisis económica, se celebran en España 536 corridas de toros —casi el doble que los partidos oficiales de fútbol jugados en el mismo tiempo por los 18 equipos de Primera División, a los que asisten entre cuatro y cinco millones de personas. Aparte de estos denominados festejos mayores, se celebran en la misma temporada un número aproximado de novilladas y corridas de rejoneo y doble como mínimo de becerradas, capeas, encierros, charlotadas y espectáculos musicales-aurinos. (A quienes consideran estas cifras,

EDUARDO DE GUZMAN

como prueba de decadencia habrá que indicarles que en la época áurea de la competencia entre Josellito y Belmonte no llegó a organizarse ningún año ni la mitad de los festejos actuales. Y a cuantos caen en el error de suponer que existe un abismo entre la cabida de los estadios y las plazas de toros, convendría indicarles que los 337 cosos taurómicos existentes en España tienen en conjunto un aforo muy superior al de todos los campos de juego de los equipos españoles que militan en Primera División.)

Pero una vez señalada la importancia que los toros continúan teniendo en nuestro país, conviene subrayar que aun siendo la corrida actual versión popular de las viejas tauromaquias —la señoril sigue representada por el rejoneo—, la fiesta ha sido dirigida y gobernada siempre por elementos cortesanos, aristocráticos y capitalistas. Si el espectáculo depende en un principio de las Reales Maestranzas y de las Juntas de Hospitales, en él ejercen sucesivamente su influencia hegemónica los gobernantes, los ganaderos y los empresarios. Los toreros —únicos elementos de clara extracción popular en el mundillo taurómico— jamás tuvieron mando efectivo en ella, aunque alcanzaran tanta fama y celebridad como Costillares, Cúchares, Belmonte o "El Cordobés". (Y esto, que fue verdad en todos los tiempos, lo continúa siendo ahora. Actualmente los toros están controlados y dirigidos por grupos financieros que utilizan en su explotación los más típicos procedimientos del monopolitismo capitalista. Cuatro organizaciones industriales —que son, además de arrendatarias de las plazas más importantes, dueñas de diversas ganaderías y "exclusivistas" de los toreros famosos— organizan en 1977

cerca de la mitad de las corridas celebradas y obtienen beneficios netos que superan los cuatrocientos millones de pesetas.)

Innecesario parece señalar que esos grupos aristocráticos y capitalistas que se suceden a lo largo de los siglos en la dirección y mando efectivo de la que algunos continúan denominando nuestra fiesta nacional, no sienten la menor simpatía por los regímenes, las ideas o los partidos liberales, progresistas o proletarios; fieles a sus intereses económicos o clasistas, defienden lógicamente situaciones derechistas y conservadoras. El hecho carecería de toda trascendencia si como dicen a todas horas no existiera la más remota relación entre los toros y la política; la tiene, y mucha, cuando la realidad cotidiana nos demuestra que ninguna actividad ni espectáculo multitudinario deja de influir en la vida pública de cualquier país. Si los deportes han sido utilizados como adormidera popular o arma de propaganda de las dictaduras de los más diversos tipos, algo semejante puede suceder con los toros. O, para ser más exactos, ha sucedido ya, lo que constituye razón sobrada para que no nos desentendamos de cuanto acontece en su ámbito.

En la primavera inolvidable y trágica de 1936 estalló inesperadamente un virulento conflicto taurino, que vino a sumarse a los muchos que en aquellos momentos alteraban la paz pública. Sin razón legal ni motivo aparente, una serie de afamados matadores de toros declararon un cerrado boicot a los toreros mejicanos. En los meses de abril, mayo y junio de dicho año —semanas después del triunfo electoral del Frente Popular y semanas antes del estallido de la guerra civil— proliferaron los escándalos en los cosos taurinos, donde era frecuente la suspensión de un festejo cuando los espectadores estaban ya en la plaza, la detención de diestros que iban a la cárcel vestidos de luces para ser puestos en libertad a la mañana siguiente y la intervención de la Fuerza Pública para disolver a los aficionados irritados por que no se celebrase la corrida que habían ido a presenciar.

Públicamente se dijo en todos los tonos y por todos los protagonistas que se trataba exclusivamente de un conflicto laboral motivado por la falta de reciprocidad de las autoridades mejicanas para la actuación en su país de los diestros españoles. Unánimemente se negó que los hechos tuvieran la menor relación con la situación política del país, aunque contribuían indudablemente a intensificar la confusión reinante. Sólo más tarde, en plena contienda fratricida y esencialmente después de concluida ésta, se reconoció por los interesados que el boicot a los toreros mejicanos formaba parte de una vasta conjura política encaminada a desacreditar y desestabilizar al Gobierno del Frente Popular y crear una tensión pública que justificase en parte lo que desgraciadamente no tardaría en suceder.

Si tenemos en cuenta este lejano y posible precedente, ¿debemos encogernos de hombros totalmente despreocupados ante los escándalos taurinos de la primavera de 1978? ■